



## Dumont d'Urville al encuentro de los patagones

Claudia Bahamonde Gallardo\*

**RESUMEN:** En plena Era de las Exploraciones Científicas, el oficial naval Jules Dumont d'Urville, al mando de las corbetas Astrolabe y Zélée, encabezó una expedición oficial comisionada por el rey Luis Felipe de Francia para llevar a cabo una serie de investigaciones en el Polo Sur y Oceanía. La travesía incluyó una breve estadía en el estrecho de Magallanes, donde los europeos sostuvieron un encuentro con la etnia aónikenk –los míticos «gigantes patagones»–. El diario de viaje del capitán y las ilustraciones que lo acompañan describen en detalle las características culturales de los aborígenes de la Patagonia, aportando un invaluable material para el estudio antropológico y etnográfico de estos pueblos.

**PALABRAS CLAVE:** expedición científica, aónikenk, patagones, estrecho de Magallanes

**ABSTRACT:** In the Age of Scientific Explorations, the naval officer Jules Dumont d'Urville, commanding the corvettes l'Astrolabe and the Zélée, led an official expedition commissioned by king Louis Philippe of France to carry out a series of investigations at the South Pole and Oceania. The journey included a stopover in the Strait of Magellan, where the Europeans held a meeting with the Aonikenk –the mythical so-called «patagonic giants»–. The travel diary of the captain and its illustrations describe in detail the cultural characteristics of the aborigines of the Patagonia, thus contributing with an invaluable material for the anthropological and ethnographic study of these peoples.

**KEYWORDS:** scientific expedition, Aonikenk, Patagonians, Strait of Magellan

---

\* Licenciada y magíster en Artes Visuales, Universidad de París I Panteón - Sorbona. Es investigadora del patrimonio artístico de la Región de Magallanes y Antártica Chilena. Ha traducido textos para distintas publicaciones académicas y editoriales, entre ellos, el libro *Voyage au Pole Sud et dans L'Océanie*, de Jules Dumont D'Urville, publicado por Editorial Cuarto Propio bajo el auspicio del Programa de Ayuda a las Publicaciones (PAP) dependiente de la Embajada de Francia en Chile.

---

Cómo citar este artículo (APA)

Bahamonde, C. (2017). *Dumont d'Urville al encuentro de los patagones*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. <http://www.museodemagallanes.cl/sitio/Contenido/Objeto-de-Coleccion/Digital/83558:Dumont-d-Urville-al-encuentro-de-los-patagones>

Entre los años 1837 y 1840, una expedición científica francesa integrada por más de doscientos hombres al mando del oficial naval, geógrafo y recolector botánico Jules S. C. Dumont d'Urville (1790-1842) (fig. 1) dio la vuelta al globo a bordo de las corbetas *Astrolabe* y *Zélée*. El viaje, efectuado por orden directa del rey Luis Felipe, tenía dos objetivos principales: explorar el Polo Sur y Oceanía, regiones que el Estado francés consideraba de alto interés científico, pero también político, estratégico y comercial.

En su ruta hacia el continente antártico, la misión se detuvo por varios días en el estrecho de Magallanes. Allí se aprovisionaron de agua y madera, hicieron mediciones, recolectaron muestras botánicas y sostuvieron un encuentro con aborígenes patagones —la hoy desaparecida etnia aónikenk— en las cercanías de puerto Peckett. Fueron cinco días de convivencia amistosa, durante los cuales los expedicionarios pudieron conocer el modo de vida, costumbres y cosmovisión de este pueblo, que había adquirido ribetes míticos desde su primer contacto con los europeos en el siglo XVI. El relato del periplo y los resultados de los trabajos científicos realizados quedaron registrados en la obra *Viaje al Polo Sur y a Oceanía en las corbetas L'Astrolabe y La Zélée, ejecutado por orden del Rey durante los años 1837, 1838, 1839 y 1840, bajo el*

*mando del señor J. Dumont d'Urville capitán de navío*, publicada en París entre los años 1841 y 1856 (fig. 2).

El presente artículo propone una visión crítica de esta bitácora de descripción etnográfica y de las ilustraciones que la acompañan, ambas conservadas en el Museo Regional de Magallanes. En primer lugar, se describe el contexto histórico y cultural en que se gestó la expedición en Francia, reseñando los intereses que esta perseguía y las ideas que circulaban entonces en torno a las sociedades no europeas. A continuación, se presenta un acercamiento al pueblo aónikenk —sus modos de organización social, cosmovisión y prácticas culturales—, de acuerdo con las referencias etnográficas dis-



Figura 1. Maurin, A. El comandante de la expedición de la *Astrolabe*, Jules Sébastien César Dumont d'Urville, 1839. *Atlas historique du voyage de l'Astrolabe* (1883). Biblioteca Nacional de Chile, n° sist. 68353.

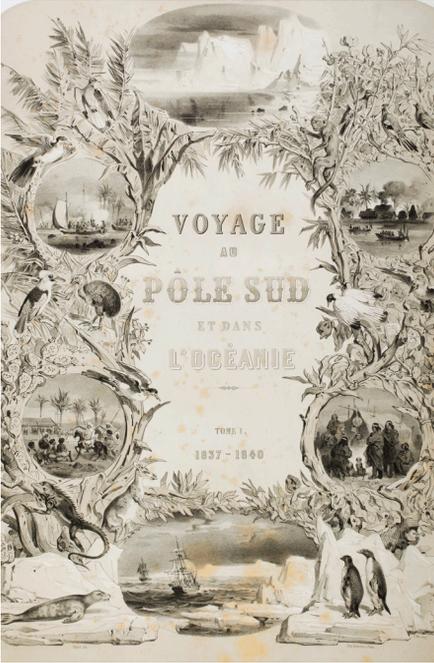


Figura 2. Bayot. Portada del atlas ilustrado que acompaña la obra *Voyage au Pole Sud et dans l'Océanie* (1846). Museo Regional de Magallanes.

ponibles. Luego nos abocamos a la relación del viaje, informando acerca de sus integrantes, objetivos e itinerarios, para finalmente detenernos en el paso de los expedicionarios por el estrecho de Magallanes y el encuentro que sostuvieron con los aborígenes.

¿Cómo fueron percibidos los aborígenes de la Patagonia por los expedicionarios? ¿Cuáles eran las ideas preconcebidas que tenían sobre ellos? ¿A través de qué prisma los observaban? Tales interrogantes –que el presente trabajo busca resolver desde una perspectiva histórica– cobran particular importancia si se considera que este relato de viaje y su iconografía han servido como fuente de estudios etnográficos acerca de los aónikenk, contribuyendo a dar forma al conocimiento que existe sobre ellos.

## Contexto de la expedición

La travesía del comandante Dumont d'Urville se enmarca en una Francia que, tras ser derrotada en las guerras napoleónicas, buscaba reanudar su ambición expansionista. Luego de la Restauración Monárquica, los reinados de Carlos X (1824-1830) y, especialmente, de Luis Felipe de Orleans (1830-1848) procuraron fortalecer su influencia y poderío en el mundo mediante la incorporación de nuevas colonias en distintas regiones del globo. El envío de misiones de exploración científica obedeció, en parte, a estos objetivos de tipo estratégico y político.

Uno de los puntos geográficos que mayor interés despertó en Francia fue el continente antártico, por su riqueza de recursos naturales disponibles para la caza (principalmente focas y ballenas) y por la posibilidad de extender la presencia del Estado francés al polo austral. Otra de las ambiciones galas fue la incorporación de nuevos asentamientos en el Pacífico Sur, como las islas polinésicas: ello le permitiría competir más estrechamente con el Imperio

británico, que se había apoderado ya de las regiones más cálidas –y, por ende, de mayor rentabilidad agrícola–. La rivalidad entre ambas naciones impulsó fuertemente la búsqueda de nuevas rutas comerciales, centros productivos y mercancías a través de la navegación (Salazar, 2014).

Pero junto con la expansión territorial, el control de vías estratégicas y el desarrollo del comercio ultramarino, el adelanto de la ciencia y la técnica fue otro ámbito en el que las grandes potencias se jugaron su primacía. Bajo el influjo del pensamiento ilustrado, desde el último tercio del siglo XVIII se multiplicaron los viajes a lo largo y ancho del globo dedicados a «realizar investigaciones de diversa índole, comprendiendo estudios en materias de geografía, cartografía, flora, fauna, antropología, meteorología, astronomía, hidrología, medicina, etc.» (Salazar, 2014, p. 2). Con ello se inició la denominada «Era de las Exploraciones Científicas», que sucedió a la de los descubrimientos geográficos y se extendió hasta comienzos del siglo XX.

Entre los viajes exploratorios de circunnavegación que se llevaron adelante en esta época, Francia tomó un especial protagonismo. El primero de ellos fue comandado en 1766 por Louis-Antoine de Bougainville, quien efectuó una gran cantidad de estudios geográficos y científicos de las regiones visitadas. En 1785, el conde de La Pérouse encabezó una segunda expedición naval francesa alrededor del globo, acompañado de astrónomos, hidrógrafos y botánicos. Medio siglo después, Dumont d'Urville repetiría la hazaña de sus predecesores.

Al mismo tiempo que arrancaba la época de las expediciones científicas, las incipientes ciencias del hombre comenzaban a formular hipótesis basadas en las clasificaciones evolucionistas de las civilizaciones, propuestas que serían formalizadas en el siglo XIX por quien llegaría a ser considerado uno de los padres de la antropología moderna, Edward Burnett Tylor. En su teoría, el autor distinguía tres estadios evolutivos de las sociedades: salvajismo, barbarie y civilización. Dicho modelo se basaba en la premisa de que todas las culturas avanzaban de manera lineal y progresiva (Ocampo, 1992).

De acuerdo con Ocampo (1992, p. 74), en esta época se compartía la convicción de que en los albores de la humanidad se había

conocido una vida de simplicidad, con ausencia de ciertas instituciones (propiedad privada de la tierra, diferencia de clases, Estado, etc.), que contrastaba con el orden social de la Europa moderna. A esta primera fase la llamaron «estado de naturaleza». Se suponía que el hombre civilizado había salido del estado de naturaleza por el poder de su pensamiento, inventando costumbres y técnicas cada vez más inteligentes y racionales.

Fundamental a este respecto fue el aporte de Rousseau, quien desarrolló la teoría del «buen salvaje», que consideraba al ser humano bueno en su estado natural, pero corrupto en sociedad. Para él, las instituciones sociales eran las responsables de la desigualdad y de los enfrentamientos humanos, por lo tanto proponía el estudio de las sociedades primitivas a fin de reformar la sociedad civilizada.

Los gabinetes parisienses recogieron el mito del «buen salvaje» y se apropiaron del pasado prehistórico, operando con ello «un acercamiento al hombre concreto, destinado a incorporarlo al horizonte del mundo científicamente conocido. Acercamiento que, encubierto como búsqueda del propio pasado remoto, refuerza a su vez, una visión evolucionista de las civilizaciones» (Navarro, 1994, p. 119).

Esta visión sitúa al europeo civilizado del siglo XIX en un rango de superioridad «respecto de sus antepasados, pero también y fundamentalmente de sus contemporáneos de otras civilizaciones que comienzan a ser estudiadas sistemáticamente en tanto que menos evolucionadas y más imperfectas» (Navarro, 1994, p. 118).

### Los míticos «gigantes patagones»

Pueblo de cazadores-recolectores nómades, los aónikenk habitaron el extremo austral del continente americano desde tiempos prehispanicos, desplazándose entre el río Santa Cruz en Argentina y el estrecho de Magallanes. Antonio Pigafetta, cronista que acompañó a Hernando de Magallanes en su expedición marítima alrededor del globo, los bautizó como «gigantes patagones» o, simplemente, «patagones», debido a su elevada estatura. Tras la llegada de los españoles, y gracias al contacto con el pueblo mapuche, incorporaron el uso del caballo, lo cual introdujo importantes cambios en su economía y cultura.

La de los aónikenk era una sociedad de hombres libres, organizada en torno a la familia. Esta tenía su origen en el matrimonio, unión de un hombre y una mujer motivada por el afecto y la voluntad de vivir juntos y procrear. El grupo familiar típico estaba constituido por el padre, la madre, los hijos y los parientes allegados, quienes compartían una misma vivienda. A este conjunto se sumaban los yernos hasta el momento en que, junto con sus mujeres, se independizaban para fundar un nuevo núcleo familiar. Predominaba un régimen de vida patriarcal y –según Martinic– la vida doméstica transcurría generalmente en armonía y comprensión.

La vivienda –el *kau*– consistía en un toldo confeccionado a base de cueros de guanaco sostenidos con estacas dispuestas en forma circular. La

abertura se ubicaba del lado contrario al viento y al interior sus ocupantes mantenían colgados los enseres y la carne de la que se alimentaban. «Cada *kau* albergará una, dos o aun más familias generalmente monógamas. Quince o veinte *kau* son levantados con rapidez» (Barros, 1975, p. 48), formando un campamento o *aike*.

Como responsables de la alimentación del clan, los hombres estaban a cargo de la caza, lo que incluía la elaboración de las armas, consistentes en arcos y flechas, lanzas con punta de piedra y distintos tipos de boleadoras. En la faena, sin embargo, participaba toda la comunidad: mientras los hombres atacaban a las presas —ñandúes y guanacos, roedores y aves como caiquenes, patos, flamencos y cisnes—, «el resto de la tribu desconcertaba a las víctimas con fogatas, gritos y perros» (Barros, 1975, p. 51).

Además de lo concerniente a la cacería, los hombres debían ocuparse de la defensa del grupo familiar y de la preparación de los hijos varones para los rituales de la vida espiritual y los juegos de destreza corporal. A las mujeres, por su parte, les tocaba la crianza de los hijos; el armado, desarmado y traslado de los toldos; el aprovisionamiento de agua; la recolección y preparación de los alimentos, incluyendo el acopio de leña y el encendido y cuidado del fuego; preparar, coser y decorar las pieles de los animales para su uso en la vestimenta y vivienda; y, por último, cuidar de los enfermos y enterrar a los difuntos.

La alimentación se basaba en productos de origen animal. «Las carnes grasosas son las más solicitadas; los sesos y la médula de los huesos son los manjares más apetecidos. A veces el corazón, los riñones y parte de los intestinos se comen crudos, pero es el asado sobre brasas la forma constante de preparación de los alimentos» (Barros, 1975, p. 53). Los mariscos también formaban parte de la dieta, así como los escasos vegetales que podían encontrar.

Hombres y mujeres por igual vestían una prenda denominada *quillango*, «solemnes capas de pieles de zorro, gato montés o guanaco, que llegan casi hasta el suelo; los pelos hacia adentro, el exterior ornamentado con finas grecas, puntos y líneas negras, amarillas y rojas. En invierno calzan chalas de cuero, pero en los meses de calor suelen caminar a pie desnudo» (Barros, 1975, p. 52). Los varones utilizaban además un taparrabos de piel y las mujeres, una especie de delantal de cuero. El cabello lo usaban largo y lo sujetaban con un cintillo de cuero pintado de rojo.

Las familias aónikenk se agrupaban en bandas o clanes, estructuras interfamiliares determinadas por el parentesco o linaje de los individuos. A su vez, varias bandas conformaban una *toldería*. La pertenencia a una banda proporcionaba ventajas en cuanto al uso de territorios de caza y recolección, apoyo frente a eventuales ataques de terceros y colaboración en general.

En cuanto al gobierno social, la autoridad era ejercida por un líder ocasional que los jefes de cada toldo designaban especialmente para resolver una determinada circunstancia —el traslado del campamento, la elección del sitio de arribo, el armado de la toldería o una situación de emergencia que pusiera en peligro la seguridad del colectivo, como ataques de extraños o desastres naturales—. Sus facultades se limitaban a la resolución de dicha coyuntura, pues la independencia y la autodeterminación eran valores muy apreciados por la sociedad aónikenk.

Otra característica atribuida a este pueblo era su actitud abierta y solidaria hacia los extraños. «Los cazadores solitarios o en tránsito son acogidos solidariamente. Jamás un forastero deja de ser cobijado ni se le pregunta cuándo partirá. Eso sí, deberá ser solícito en buscar leña, ayudar en la caza, prestar cualquier apoyo» (Barros, 1975, p. 53).

Los aónikenk contaban con un rico corpus mitológico, el que «comprendía aspectos referidos al origen del universo (cosmogonía) y a su interpretación del mundo (cosmovisión) como también al ordenamiento de la vida social conforme a sus creencias y a su comprensión del entorno natural» (Martinic, 1995, p. 56). Como creador del universo reconocían a Kooch (nombrado también «Seecho», «Wekkon» y «Ushuá»), ser todopoderoso y omnisciente que había separado la luz de las tinieblas y dado origen al sol, la luna, los elementos y los fenómenos atmosféricos. Elal, en tanto, era el héroe mítico, que «había organizado el tiempo natural a través de las estaciones, que les había dado una buena tierra y los proveía de recursos, que les había enseñado el conocimiento y el uso del fuego, así como la forma de fabricarse sus armas y, por fin, varias otras artes útiles para su vida» (Martinic, 1995, p. 57). También creían en la existencia de seres benéficos y malignos —estos últimos eran los causantes de las enfermedades, del viento helado que apagaba el fuego y mataba pajaritos, y de la agitación de los animales—, los que podían tomar apariencia antropomorfa o zoomorfa.

Con estos mitos, los aborígenes de la Patagonia explicaban el origen del universo, de los seres animados y de su entorno natural. A través de ellos se expresa asimismo la visión animista de este pueblo, así como la estrecha relación de colaboración y de sincronía vital que mantenían con la naturaleza.

## Antecedentes de la expedición

Según lo describe el vicealmirante Rosamel, ministro de Marina y de Colonias de Francia, en una carta dirigida al comandante d'Urville (D'Urville, 1841, pp. v-XIII), la expedición de las corbetas Astrolabe y Zélée (fig. 3) estaba

prevista para zarpar desde el puerto de Tolón el 1.º de septiembre de 1837, con rumbo al mar de Wedell, en el océano Antártico —en la práctica, sin embargo, el viaje se inició con seis días de retraso—. Luego de la exploración del Polo Sur, se contemplaba una visita al estrecho de Magallanes, para posteriormente



Figura 3. Le Breton, L. «Anclaje de las corbetas en la bahía San Nicolás». Lámina n° 9 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.

seguir hacia el norte, haciendo una parada en Chiloé y otra en Valparaíso. Desde allí las embarcaciones enfilaban hacia el Pacífico suroeste, a fin de reconocer las islas de Oceanía antes de retornar a Europa.

A bordo de las naves viajaban 220 hombres, entre los cuales se encontraban miembros del alto mando, tripulantes, operadores con diversas funciones y pasajeros. Dumont d'Urville, jefe de la misión y capitán de la *Astrolabe*, contaba con una vasta experiencia en materia de exploraciones científicas. Había participado anteriormente en tres travesías de esta índole<sup>1</sup> y publicado sus resultados en numerosos artículos, trabajos de descripción botánica y relaciones de viajes. La última de sus obras fue, precisamente, la que nos ocupa, *Viaje al Polo Sur y a Oceanía* [...], que se editó casi totalmente de manera póstuma: d'Urville alcanzó a ver impreso solo el primer volumen (de los veinticuatro que la completarían) antes de fallecer en 1842<sup>2</sup>.

Los trabajos científicos —efectuados bajo la dirección general de Honoré Jacquinot, capitán de navío y comandante de la *Zélée*— abarcaron distintas disciplinas: zoología, botánica, antropología, geología, mineralogía, geografía, física e hidrografía. Además, como era la costumbre de la época, la expedición incluyó dibujantes y artistas encargados de llevar el registro visual de la travesía. Los responsables de estas tareas fueron Ernest Auguste Goupil (1814-1840), dibujante que viajaba a bordo de la *Zélée*, y Louis Le Breton (1818-1866), médico y pintor especializado en marinas, parte del contingente de la *Astrolabe*. En conjunto, produjeron material gráfico suficiente para llenar las páginas de seis atlas ilustrados que circularon junto con la publicación.

<sup>1</sup> Una de ellas, la que efectuó en la corbeta *Coquille* entre los años 1822 y 1825, ya lo había traído a las costas de Chile y Perú.

<sup>2</sup> A partir del tomo IV, la redacción quedó a cargo de Clément Adrien Vincendon-Dumoulin, hidrógrafo de la expedición.

El plan de campaña tenía como principales objetivos el arribo al polo magnético y el reconocimiento del inexplorado Polo Sur, el estudio de los mares antárticos y el posicionamiento del Estado francés en este continente. D'Urville debía, además, culminar los trabajos científicos iniciados anteriormente por él mismo y por otros navegantes en Oceanía. Sin embargo, el interés no se restringía exclusivamente al progreso de la hidrografía, de las ciencias naturales y de las otras ramas del saber: también incluía pretensiones comerciales. Por lo tanto, la misión requerida al comandante tenía fines políticos, estratégicos, científicos y comerciales.

### Paso por el estrecho de Magallanes

El segmento de la relación del viaje en el que nos detendremos a continuación forma parte del tomo primero de la obra general, dedicado a narrar la historia de la travesía. La bitácora –redactada por el propio Dumont d'Urville– se complementa con el conjunto de observaciones realizadas por distintos miembros de la tripulación tanto acerca de la geografía de estos territorios como de sus habitantes aborígenes. Específicamente, nos centraremos en los capítulos IV al IX de dicha obra, consagrados al paso de las corbetas por el estrecho de Magallanes y la estadía en la Patagonia, donde los expedicionarios permanecieron tres semanas, desde el 12 de diciembre de 1837 al 8 de enero de 1838.

La visita a estos territorios estaba prevista para efectuarse después de la exploración al Polo Sur. Sin embargo, el comandante d'Urville decidió adelantarla a la espera del derretimiento de los hielos polares, condición que facilitaría la navegación hasta aguas antárticas. Conocer el célebre canal era un deseo largamente acariciado por él y por el resto de la tripulación, sobre todo porque sería la oportunidad para «poder visitar a los famosos Patagones, que han motivado tantas fábulas, discusiones y controversias» (d'Urville, 2011, p. 29).

Desde el siglo XVI que las leyendas en torno a los nativos de esta zona austral despertaban la curiosidad de los europeos. El origen del mito del gigantismo de los indios patagones se remonta a 1520, cuando Antonio Pigafetta, luego de conocerlos en la bahía de San Julián, comentó que uno de ellos «era tan alto que con la cabeza apenas llegábamos a la cintura» (Martinic, 1995, p. 38). Es preciso recordar que en aquella época la estatura de los europeos –y en particular de los españoles que viajaban con Magallanes– no sobrepasaba el metro sesenta, lo que seguramente determinó su percepción de los

aborígenes. A la afirmación del cronista se sumaron a lo largo de la historia las exageraciones y fantasías de varios otros informantes, que terminaron asentándose entre sus contemporáneos. También lo hicieron ciertas teorías populares sobre la etimología de su denominación:

Si eran tan descomunales, sus pies no debían serlo menos, con lo que la leyenda se complementó apropiadamente: los gigantes eran además patones. [...] De allí se afirmaría por algunos y se aceptaría por todos que el gentilicio «patagones» derivaba de tal rasgo físico –patones–, malinterpretándose de tal manera el nombre *Pathagon* de origen epónimo. En efecto, este corresponde a un personaje de la novela *Primalión*, cuyas proporciones desmesuradas y aspecto salvaje inspiraron a Magallanes la denominación gentilicia para los corpulentos y bravíos habitantes de la comarca de San Julián. (Martinic, 1995. p. 38)

La leyenda causó gran impresión en Europa y fue dada por cierta incluso entre los más instruidos. Por lo demás, la cartografía contribuyó a otorgarle crédito, al denominar las regiones australes americanas como «Tierra o País de los Gigantes» (Martinic, 1995. p. 38).

Con el tiempo, sin embargo, esta idea fue relativizándose y dando paso a las controversias que mencionaba el comandante d'Urville acerca de la existencia de los supuestos gigantes. Un factor decisivo en este giro fue la aparición, a finales del siglo XVIII, de los primeros datos empíricos que hicieron posible evaluar –en su justa medida– la envergadura de estos aborígenes. Estudios antropométricos realizados a lo largo de casi cien años (entre fines del siglo XVIII y del siglo XIX) permitieron

«concluir que, con una medida que podría estimarse entre 1,75 y 1,80 m para la media, y entre 1,85 y 2,0 m para la media máxima de los varones, y 1,69 m para la media, y 1,80 m para la media máxima de las mujeres, el pueblo aónikenk debe ser situado entre las etnias históricas del planeta con estatura más elevada» (Martinic, 1995, p. 42),

mas no de proporciones descomunales.

Tales cuestionamientos no hicieron más que alimentar la curiosidad de d'Urville y su tripulación por conocer de primera mano las características del territorio austral y de sus habitantes. El capitán Jacquinet, por ejemplo, confesó que «habría lamentado durante toda su vida no haber conocido el famoso estrecho, y que su visita representaría uno de los episodios más hermosos del viaje» (2011, p. 30).

Navegando desde el océano Atlántico, las corbetas ingresaron al estrecho de Magallanes a través de su desembocadura oriental, por el cabo Vírgenes.

A partir de entonces se dio inicio a los trabajos hidrográficos, por medio de los cuales se pretendía verificar la exactitud de los mapas comparando los resultados de las mediciones con aquellas ejecutadas anteriormente por el capitán Philip Parker King<sup>3</sup>.

Las corrientes en contra y los fuertes vientos, característicos de estas latitudes, dificultaron el avance de las naves por el canal. Recién después de tres días de ardua navegación, lograron llegar a la bahía de Puerto del Hambre —ubicada en el sector central de estrecho—, lugar que d'Urville escogió para abastecer las naves de agua y madera, atendiendo a las óptimas condiciones que ofrecía para un anclaje seguro. Los esfuerzos de la tripulación valieron la pena: al desembarcar se encontraron con una gran cantidad de troncos secos botados en la playa y un bosque frondoso muy próximo a la costa (fig. 4).

Aquí instalaron la carpa donde montaron los instrumentos necesarios para las diversas tareas «de la física, de la meteorología, de las mareas, de la historia natural, etc.» (D'Urville, 2011, p. 73) que procurarían ejecutar (fig. 5). Durante la estadía en este sector calcularon ángulos horarios, realizaron el trazado de las costas y elaboraron los planos del puerto donde Pedro Sarmiento de Gamboa habría fundado en 1584 el fuerte Rey Don Felipe, primer asentamiento español en la Patagonia (fig. 6). Además, exploraron los alrededores del río Sedger, conocido actualmente como



Figura 4. Goupil, E. «Puerto del Hambre». Lámina n° 4 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.



Figura 5. Le Breton, L. «Vista del observatorio establecido en puerto del Hambre». Lámina n° 3 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.

<sup>3</sup> Comandante a cargo de la primera campaña hidrográfica británica (1826-1830) que pasó por el estrecho de Magallanes. Los resultados de esta fueron publicados junto a los de la segunda campaña bajo el mando de Robert Fitz Roy bajo el título *Narrative of the surveying voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe. Proceedings of the first expedition, 1826-1830, under the command of Captain P. Parker King, R. N., F. R. S.*



Figura 6. Le Breton, L. «Emplazamiento de la antigua colonia de la Ciudad del Rey Felipe». Lámina n° 5 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.



Figura 7. Le Breton, L. «Entrada a los bosques del río Sedge». Lámina n° 6 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.



Figura 8. Goupil, E. «Vista de los alrededores de Puerto del Hambre». Lámina n° 2 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.

río San Juan, donde pudieron observar el bosque circundante compuesto en su mayoría por ejemplares de haya antártica (*Nothofagus antarctica*) y, en menor medida, por árboles de corteza de Winter (*Wintera aromatica*) y una clase de berberís (fig. 7). De todas las labores que llevó adelante la misión durante la primera visita a este sector del estrecho, la más fructífera fue, precisamente, la de los naturalistas, porque pudieron recolectar y documentar un sinnúmero de especies botánicas completamente desconocidas hasta entonces por los museos de Francia.

Mientras oficiales y científicos efectuaban mediciones y comparaban datos, los dos dibujantes de la comitiva registraban los paisajes (fig. 8) y especímenes naturales observados, en imágenes de gran realismo. Tales ilustraciones informaron un conocimiento objetivo de la geografía y la vegetación de esta zona y algunas de ellas «se cuentan entre las representaciones clásicas de la naturaleza de la sección central del estrecho de Magallanes» (Martinic, 2007, p. 8).

De los habitantes aborígenes, sin embargo, solo hallaron rastros: restos de chozas abandonadas, canastillos y muchas carcasas de caballo, lo cual indicaba que, en alguna época del año, los patagones llegaban hasta esos sectores por la costa, probablemente para cazar, pero no se establecían allí de manera permanente. Después de

recorrer ampliamente el territorio, concluyeron que no encontrarían población establecida, debido a la espesa densidad del bosque que cubría todo el terreno hasta el mar.

Luego de trece días de permanencia en Puerto del Hambre, la parada llegó a su fin. El zarpe de la expedición marcó el rumbo hacia el sur, hacia el cabo Froward, la punta más austral del continente americano. Pretendían salir del estrecho por el lado occidental, pero las inclemencias del tiempo lo hicieron imposible. Se devolvieron entonces en sentido contrario y avanzaron hacia el océano Atlántico.

### Encuentro con los patagones

Fue en el momento en que las embarcaciones navegaban cerca de la entrada al puerto Peckett –ubicado en la parte continental del sector oriental del estrecho de Magallanes– cuando, con ayuda de los binoculares, lograron distinguir «un campamento de muchos patagones establecidos cerca de la ribera, con sus chozas, sus caballos, sus perros e incluso una bandera norteamericana plantada sobre una loma vecina» (D'Urville, 2011, p. 138) (fig. 9). Dicho panorama bastó para que los expedicionarios decidieran recalar de inmediato en ese lugar.

El encuentro que los exploradores sostuvieron durante cinco días con esta comunidad aborígen proporcionó un cúmulo de información pormenorizada respecto de su conformación física, su vestimenta, vivienda, alimentación, organización social y relación con los foráneos, la cual –como mencionamos anteriormente– serviría de base para una serie de estudios etnográficos realizados posteriormente acerca de este pueblo.

En su crónica, d'Urville los describe, efectivamente, como individuos de gran tamaño, mas sin alcanzar las dimensiones exageradas que reportaban los mitos sobre los gigantes patagones. Según las observaciones del comandante, tenían una estatura promedio de entre 1,73 y 1,76 m, y estaban dotados de espaldas anchas y una estructura bien constituida y proporcionada, salvo por sus extremidades algo débiles.



Figura 9. Le Breton, L. «Campamento de patagones en puerto Peckett». Lámina n° 12 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.

Su rostro, detalla el francés, era abierto, muy ancho en la parte inferior y angosto en la superior, con una frente singularmente baja. «Los ojos estrechos, alargados y no muy abiertos recuerdan de inmediato el tipo mongol. Los pómulos son bastante prominentes, la nariz aplastada es más bien pequeña, la boca y el mentón son medianos. Tienen poca barba y pocos vellos» (d'Urville, 2011, p.143).

Los nativos se mostraron muy hospitalarios y acogedores con los visitantes. Dándose a entender por medio de palabras sueltas que conocía del inglés y del español, el jefe superior de la tribu –un hombre de aproximadamente treinta años de edad y una estatura de 1,87 m– accedió incluso a colocarse su atuendo de combate para ser retratado (fig. 10). En palabras de uno de los miembros de la expedición, el traje

consistía en una especie de bata con mangas, hecha con piel de vacuno muy gruesa y cosida muy sólidamente, que cubría más o menos todo el cuerpo, podía casi producir el efecto de una coraza y parar al menos los golpes más débiles. Su cabeza estaba cubierta por un sombrero grande con cofia redonda en forma de casco, revestida con placas de cobre y adornada con un amplio penacho con plumas de avestruz. (D'Urville, 2011, p. 149).

La labor de los dibujantes, sin embargo, no estuvo exenta de inconvenientes, debido a las aprensiones que mostraban los patagones, según lo atestigua uno de los oficiales:

Ellos son supersticiosos; las mujeres sobre todo creen en los sortilegios y en el poder de que les hagan el mal. Tanto a los hombres como a las mujeres, los hemos encontrado muy mal dispuestos a dejarse dibujar: hemos podido captar sus rasgos sólo a hurtadillas y un poco al azar. [...] [He escuchado] pronunciar delante mío varias veces la palabra *demonio* cuando he hecho el ademán de dibujar a uno de ellos, he concluido que, tal vez, conocían brujos y un poder oculto, como casi todos los pueblos salvajes. (D'Urville, 2011, p. 160).

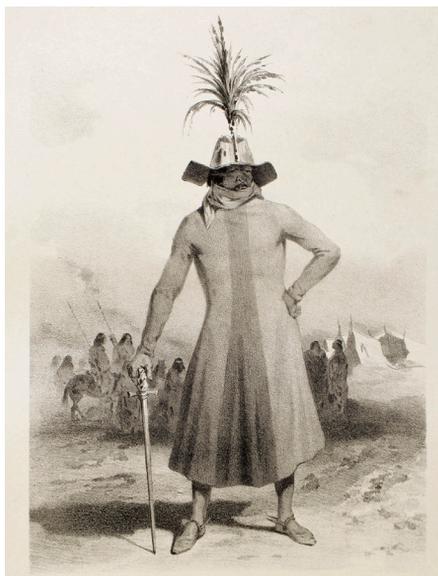


Figura 10. Goupil, E. y Le Breton, L. «Jefe patagón en traje de guerra». Lámina n° 14 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.



Figura 11. Goupil, E. y Le Breton, L. «Mujer patagónica». Lámina n° 14 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.

La reacción de los patagones no es de extrañar, pues —como se expuso anteriormente— ellos creían en la existencia de espíritus malignos capaces de ocasionar daño a las personas, el que intentaban contrarrestar incorporando a su vida espiritual, «Como todas las sociedades primitivas, [...] un conjunto de prohibiciones cuyos fines decían [relación] con el sano ordenamiento familiar, con la salud, y la tranquilidad individual y colectiva» (Martinic, 1995, p.160). Los tabúes se referían a muchas situaciones y objetos, a los cuales se atribuía la causalidad de la mala suerte: una de ellas era «la reproducción de la figura humana mediante el dibujo o

la fotografía [...] [por] temor de que el dibujante o fotógrafo pudiera causar algún daño al retratado» (Martinic, 1995, p. 160).

En el retrato de mujer indígena (fig. 11) se aprecian los diseños con que los *aónikenk* acostumbraban decorar sus rostros, usando una pintura fabricada mezclando grasa y médula de guanaco, con carbón u ocre como pigmentos. «La cara es uniformemente embadurnada con rojo y negro, desde el nacimiento de los cabellos hasta la mitad del mentón. Algunas veces esta capa no ocupa más que la mitad del rostro, hasta la parte de abajo de los ojos» (D'Urville, 2011, p. 151).

Las pinturas no solo cubrían la cara, sino también los brazos, las piernas y el torso en el caso de los hombres. Cumplían la función de «protección de la piel contra la acción del viento y el aire, y así mismo [respondían] a razones rituales o ceremoniales» (Martinic, 1995, p. 272).

## Un pueblo sin ciudades

Los exploradores pudieron observar directamente el armado de los toldos, el cual no tardó más de media hora en estar concluido (fig. 12). Las encargadas de esta tarea eran las mujeres: después de elegir un sitio al abrigo de los vientos, elevaban cada toldo sobre estacas clavadas al suelo y formaban una



Figura 12. Bayot. «Grupos de patagones en puerto Peckett». Lámina n° 15 del tomo primero del atlas ilustrado de la expedición (1846). Museo Regional de Magallanes.

especie de choza cubierta con pieles muy bien cosidas y otras superpuestas de manera circular. En total, instalaron una veintena de toldos, que ordenaron en dos filas.

Cada uno tenía una abertura que servía de entrada, al lado de la cual colgaban las provisiones y los arneses. El espacio interior estaba dividido por medio de pieles amarradas a las estacas que servían de soporte. Aparentemente, cada toldo albergaba a varias familias, cada una de ellas formada por un hombre, una mujer y varios niños, más sus perros, que dormían al interior, junto a ellos. Los caballos eran dejados pastar libremente por los alrededores.

Refiriéndose al modo de vida de los aborígenes, uno de los oficiales comentó:

Cazadores y jinetes, estos hombres no han sentido aun la necesidad de constituirse en nación y de levantar ciudades; ellos viven con sus perros y sus caballos, que son sus únicas riquezas. Hoy aquí mañana allá, ellos plantan sus toldos en los valles que les ofrecen recursos para la caza y facilidad para tener agua y madera. (D'Urville, 2011, p. 160).

Aunque resultara difícil de comprender para los expedicionarios europeos, la posibilidad de levantar ciudades, de establecerse en un lugar fijo y de adoptar por lo tanto un estilo de vida sedentario estaba fuera de la lógica propia del

sistema cultural aónikenk. Como pueblo nómada, estaban continuamente desplazándose de un lugar a otro en función de ritmos estacionales con los cuales se sincronizaban para satisfacer sus necesidades de subsistencia. Para desenvolverse en estas condiciones, los patagones debían «dominar a cabalidad las técnicas, faenas y conocimientos correspondientes, a fin de que los resultados de su esfuerzo periódico fueran tan fructíferos como se requería» (Martinic, 1995, p. 224). Gracias al saber transmitido de generación en generación, conocían muy bien los lugares en donde se daban los recursos en las distintas épocas del año, de manera que «sus desplazamientos nómádicos obedecían a una regularidad inteligente, de acuerdo con las necesidades variadas de los grupos o bandas en que se dividía la nación aónikenk» (Martinic, 1995, p. 224).

Este profundo conocimiento del territorio, fundado en la compenetración histórica del pueblo aónikenk con su entorno natural (Martinic, 1995, p. 9), parece haber quedado fuera del alcance del oficial francés, quien en sus palabras manifiesta una posición marcadamente etnocéntrica, muy representativa del punto de vista predominante occidental de esa época. Tales «visiones se construían en el marco de una dinámica colonial, en la que el “centro” político, económico, cultural y étnico daba la pauta y gozaba de jerarquía indiscutida» (Navarro, 1994, p. 126). No es raro, por tanto, que los expedicionarios tendieran a situar la propia cultura en un rango de superioridad y a imponerla como único criterio válido para interpretar los comportamientos ajenos y valorar la alteridad.

### Carácter y costumbres

Con respecto al carácter de los nativos de la Patagonia, los exploradores los describen como «suaves, apacibles y complacientes», recalcando que «hicieron sus mejores esfuerzos para poder responder a todas las preguntas con que los importunábamos» (D'Urville, 2011, p. 142). Tal percepción fue reforzada por el testimonio que les entregó un pescador de focas suizo llamado Johan Niederhauser, quien había sido acogido por los aborígenes junto con su compañero inglés. Los aónikenk, reporta d'Urville,

agasajaron a su huéspedes, les dieron mujeres y compartieron con ellos todo lo que tenían. Niederhauser asegura que nunca tuvieron que quejarse de un mal trato. Todo lo que él poseía, incluso su pequeña colección de relojero, había sido respetado por los salvajes, que no permitieron la mínima dilapidación. (D'Urville, 2011, p. 144).

La actitud pacífica de los aborígenes sorprendió a los exploradores, «de quienes de primera no podía esperarse otra cosa de comportamientos que correspondieran a su índole primitiva, a la que a priori se la veía desprovista de manifestaciones anímicas (morales) propias de la civilización» (Martinic, 2013, p. 9).

En este punto es preciso recordar que, a partir del siglo XV, la visión que cundió entre los europeos acerca de los aborígenes de América fue la de «seres inferiores y menos racionales (cuando se aceptó que lo fueran), incivilizados y bárbaros por causa de su solo aspecto diferente a la vista de los primeros y de sus costumbres chocantes para su sensibilidad» (Martinic, 2013, p. 9). Con el correr del tiempo, esta percepción fue atenuándose y, a partir del siglo XVIII, los nativos comenzaron a ser considerados como seres racionales, «con su dignidad y derechos según lo establecían los principios seculares fundados en el cristianismo y los más recientes en boga surgidos de la filosofía naturalista desarrollada principalmente por pensadores franceses» (Martinic, 2013, p. 9).

Si bien el relato de los expedicionarios revela cierto influjo de la teoría del buen salvaje —por cuanto se representa en estos habitantes de lugares exóticos, ajenos a la civilización europea, la bondad del ser humano en estado natural—, en la bitácora se vislumbran residuos de un sentimiento de superioridad respecto de los nativos. Tal actitud se ve reflejada, por ejemplo, en el juicio crítico emitido acerca de los hábitos higiénicos de los aborígenes, a quienes califican de «individuos sucios y repelentes» (Martinic, 1995, p. 45). En palabras de d'Urville, «Hombres y mujeres son igualmente sucios. Yo creo que tienen horror del agua y que conservan con cuidado la costra que los cubre por todos lados y que los pone al abrigo de las intemperies de las estaciones» (D'Urville, 2011, p. 158).

Con todo, los observadores que mejor conocieron a los patagones tienden a calificarlos «como gente pasablemente limpia (aunque no en los estándares occidentales), aceptándose, eso sí, la discusión en lo tocante a la frecuencia y calidad de sus baños, pero no en lo que se refiere a su realidad» (Martinic, 1995, p. 271).

Según Jorge Musters, uno de estos informantes, los patagones tenían la costumbre de hacer abluciones matutinas y de pasar horas nadando en los ríos. Asegura, asimismo, que eran cuidadosos de la limpieza de sus toldos y utensilios. Por el contrario, Teófilo Schmid, otro observador, relata que —salvo por algunos individuos que se veían más aseados— los aborígenes solían andar con la cara y las manos sucias, y no se bañaban con frecuencia pese a disponer de agua en abundancia.

Para Martinic (1995), esta controversia se comprende mejor si se considera que los aónikenk otorgaban al cuidado del cuerpo un valor muy diferente al que le daban los europeos: entre los aborígenes, «el baño, o si se prefiere la remojada periódica u ocasional, debe ser tenida como parte de una práctica consuetudinaria destinada principalmente a mantener el vigor físico, esto es, la resistencia al frío, más que el aseo corporal» (p. 271). Es decir, el baño correspondía, más bien, a un ejercicio de adaptación al riguroso medioambiente de la Patagonia, en pos de la supervivencia.

\* \* \*

Luego de estos cinco días de recalada en puerto Peckett, el 8 de enero de 1838 las embarcaciones emprendieron el zarpe, poniendo término con ello a las exploraciones realizadas en el estrecho de Magallanes. Mientras los patagones, por su lado, desarmaban sus toldos y partían a caballo en bandas hacia puerto Oazy, su parada habitual, las corbetas se dirigieron hacia el este, para tomar rumbo hacia los hielos antárticos del Polo Sur.

La bitácora de Dumont d'Urville –y, muy en especial, las páginas que dedica a este segmento de la exploración– constituye, como se ha visto, un registro de incalculable valor patrimonial que aporta rica información acerca de las costumbres y prácticas sociales de la etnia aónikenk, vistas desde una perspectiva evolucionista propia del pensamiento ilustrado.

## Referencias

- Barros Valenzuela, Á. (1975). *Aborígenes australes de América*. Santiago: Lord Cochrane.
- Cruz de Amenábar, I. (2012). *Patrimonio artístico en Chile. De la Independencia a la República 1790-1840*. Santiago: Origo.
- Dumont d'Urville, J. (1841). *Voyage au Pole Sud et dans l'Océanie sur les corvettes L'Astrolabe et La Zélée. Histoire du voyage. Tome premier*. París: Gide.
- Dumont d'Urville, J. (1842). *Voyage au Pole Sud et dans l'Océanie sur les corvettes L'Astrolabe et La Zélée. Histoire du voyage. Tome premier*. París: Gide.
- Dumont d'Urville, J. (1846). *Atlas pittoresque. Tome premier*.
- Dumont d'Urville, J. (2011). “L'Astrolabe” y “La Zélée” en el Estrecho de Magallanes (diciembre 1837 - enero 1838). Traducido por Claudia Bahamonde G. Santiago: Cuarto Propio.
- Ferrater Mora, J. (2015). *Diccionario de filosofía*. (3ª impresión). Barcelona: Planeta.

- González Alcantud, J. A. (1987). El buen salvaje de Rousseau. Inflexión de la antropología y de la estética. *Gazeta de Antropología*, 5. Recuperado de <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=3823>
- Martinic, M. (1995). *Los aonikenk. Historia y cultura*. Ediciones Universidad de Magallanes: Punta Arenas.
- Martinic, M. (2007). Noticias históricas sobre los inicios de la pintura realista en Magallanes (1834-1940). *Magallania*, 35(1), 5-32. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442007000100001>
- Martinic, M. (2013). Los aonikenk. ¿Epítome del buen salvaje? *Magallania*, 41(1). <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442013000100001>
- Memoria Chilena. (s. f.). *Aónikenk*. Recuperado de <http://www.memoria-chilena.cl/602/w3-printer-93772.html>
- Memoria Chilena. *Navegantes europeos en el estrecho de Magallanes*. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-641.html>
- Memoria Chilena. *Pedro Sarmiento de Gamboa*. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-94467.html>
- Navarro Floria, P. (1994). Salvajes, bárbaros y civilizados. Los indios de la Patagonia y Tierra del Fuego ante la antropología de la Ilustración. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 15, 115-140. Recuperado de <http://revistas.inapl.gob.ar/index.php/cuadernos/article/view/463/234>
- Ocampo, B. (1992). Principales teorías antropológicas. En M. Lischetti (comp.), *Antropología* (pp. 72-79). Buenos Aires: Eudeba. Recuperado de [http://iidypca.homestead.com/FundamentosAntropologia/Ocampo\\_-\\_Principales\\_teor\\_as\\_antropol\\_gicas.pdf](http://iidypca.homestead.com/FundamentosAntropologia/Ocampo_-_Principales_teor_as_antropol_gicas.pdf)
- Salazar Urrutia M. Á. (2014). *Actividades francesas en la Antártica y sus implicancias en Chile: Dumont d'Urville y Jean Charcot, 1837-1910*. Ponencia dirigida al XIV Encuentro de Historiadores Antárticos Latinoamericanos. Recuperado de <http://www.antarkos.org.uy/EHAL/EHAL2014/Ponencias2014/Ponencia-Lic-Miguel-Salazar-XIV-EHAL.pdf>